

tellano pasó al Nuevo Mundo en la época de su mayor esplendor literario, y que los españoles lo guardaron allí con el mismo cariño filial con que los peninsulares, que tuvieron y tienen el sentido de la expresión clara y donosa, le han guardado en España de entonces acá. Parecen ignorar que las lenguas se desenvuelven conforme a leyes conocidas o desconocidas sobre las cuales tienen apenas influjo las Academias y los cenáculos.

La América Española tiene el mismo derecho de desenvolver su idioma, conforme a las necesidades y a las influencias del medio, que tuvieron Rumanía y España para desenvolver el latín recibido de los romanos. No es posible exigirle a un hijo de la Habana, por ejemplo, que deje sin nombre objetos de la naturaleza que no existen en España, mientras una determinada corporación matritense no haya resuelto bautizar esos objetos. Tampoco se puede insistir en que los americanos sacrifiquen el uso de bellos modos de decir antiguos, todavía populares en aquellas comarcas, a la decisión académica que los declara anticuados, simplemente porque ya no se hace uso de ellos en los pasillos de los teatros madrileños o en los discursos del Congreso. España tiene veinte millones de habitantes. Hay en América de habla española cosa de 56 millones. Siguen algunos de aquellos países el curso de las ideas con más diligencia que España y aplican las conquistas de la ciencia y de la experiencia a las necesidades de la vida con más determinada previsión y con más alacridad que suelen hacerlo los españoles. Se lee más en América que en España. Hay allí poetas, novelistas, historiadores, filósofos, que son prez y honra de la raza. Los filólogos americanos de valor mundial y de orientación científica surgieron a la vida antes que los españoles de la misma ocupación y envergadura.

¿Qué justifica, pues, esa actitud de superioridad que proscribía, en las tinieblas, la lengua y la producción americanas? Colombia, Venezuela, Bolivia, Méjico, Uruguay, se ufanan a voz en cuello de seguir humildemente las prácticas y los preceptos del literato español, a tiempo que el literato español de ciertos cenáculos alza los hombros y mira con ceño, por debajo de los anteojos, a cuantos poetas, novelistas o dramaturgos ejercen su actividad al otro lado del Atlántico. Una obcecada intransigencia política, una ceguera imperialista, contribuyeron a cortar hace un siglo los lazos de comunidad nacional existentes entre España y América. Basta mirar hacia atrás con ánimo desprevenido para comprender que una visión más generosa de las aspiraciones generales de

la raza y del sentimiento de la propia estimación que surgía entre los pueblos americanos les habría dado a los estadistas españoles de 1810 a 1825 la clave para resolver el problema de la fraternidad entre los pueblos de una misma raza. Faltó esa visión generosa y se deshizo un grande imperio. Queda

un lazo que es la lengua: estamos en peligro de que los académicos, los academizables, con más empeño, y los escritores incapaces de sentir las necesidades del idioma, lleguen a cortarlo.

B. SANÍN CANO

De "Notas de viaje"

EN GUATEMALA

UNA caravana de indiecitos va trotando por la Octava Avenida.

Es un trotecito suave, rítmico, avanzador, y no extenuante. Cuando los transeuntes les dificultan el tránsito, andan como nosotros; para reanudar su trotecillo, apenas hallan paso libre.

Las mujeres llevan sus niños, pendientes hacia atrás o hacia el lado izquierdo, en una como hamaca de tela, que les llega hasta más abajo de la cintura. Los bebés, pacientes, agueridos desde que nacen, se adormecen o duermen al ondular del trote maternal.

Estos indios son finos, pequeños, delgados, todo nervios. Su piel atezada, mate, obscura con leve tinte róseo, habla del aire y del sol, de la llanura y la montaña, del sueño bajo la guarda de las estrellas, y del caminar temprana-

nero, a las primeras dianas del gallo y de la aurora. Es ésta una avecita semi-nocturna, muy parecida a la lechuza, poco más grande que una cordoniz. Desde las cuatro de la madrugada o un poco antes, comienza a llamar a nuestros campesinos, a que emprendan el trabajo del día. Este pájaro, madrugador como el labriego, de sencilla apariencia y canto humilde, quedaría muy bien como símbolo de la raza india, en nuestro futuro escudo de Centro América.

El trotar de los indios ¿viene de la necesidad de recorrer largas distancias? Quizá no; será más bien que hallaron, desde siglos, la ley del ritmo, aplicada a sus movimientos en las diarias y dilatadas jornadas. Un pueblo cuya industria es ir y venir lejanamente, llevando a cuestas su comercio y sus niños, debió, por instinto y por necesidad, estudiar todos los secretos de la marcha, y descubrir todas las virtudes recónditas del movimiento musical y acompasado. Y tan adentro fueron en el conocimiento de esta ciencia maravillosa, que, si por acaso van libres, sin carga ninguna, se lastran con algunas piedras echadas adentro del *cacaste*, para suplir así, en una moderada proporción, el peso habitual de sus jornadas. Saben estos indios, que los órganos se atrofian por el desuso, y que, por el contrario, el ejercicio constante, periódico, desarrolla fuerzas y destrezas increíbles; y así como Víctor Hugo practicaba fielmente su consigna de *ni un día sin su línea*, y Edison cumple la suya de *ni un día sin sus catorce horas de trabajo*, (sin exceptuar el día de su natalicio) así estos nómades heroicos no marchan nunca sin llevar alguna carga, para que el cuerpo y la voluntad no se les aflojen, y para que el trabajo no les resulte maldición sino hábito.

Tal como su andar es veloz y su trabajo rudo, así es su descanso de reparador y confortante. El ritmo de su carrera imprime a su sueño la virtud de una profunda restauración, y el desgaste diario, intenso e igual de sus tejidos, hace que la materia de su cuerpo se renueve rápida y totalmente en breves años. Y es así como de su andar musical, fluyen calladamente su



ALBERTO MASFERRER

Secretario de la Delegación Salvadoreña a las Conferencias de Plenipotenciarios Centroamericanos, reunida en estos días en San José de Costa Rica.

salud y su fuerza, su vivir sereno y suave.

Recuerdan estos indios al ciervo y la gacela. Son, como ellos, animalitos ágiles, sobrios e inofensivos; son de la raza noble del caballo y del buey: seres magnánimos que dan más que lo que consumen. Gentes que viven de frutas, de raíces y de granos, de agua y de aire, de movimiento y de luz; y con sus hombros férreos y sus frentes de acero, sus piernas veloces y sus recias caderas, sostienen y sobrellevan el peso de la nación entera.

Son ellos las raíces invisibles, incommovibles y robustas del grande árbol-nación. Y ahora, como hace cinco siglos, son la raza matriz y material, potente y generosa, que da todo y que nada recobra.

*

—TOCAN las campanas de San Francisco.

¿Tocan? ¿Gimen? ¿Lloran? ¿Piden socorro o claman por misericordia?

Las torres, los torreones, los campanarios, todo lo que en el vasto y eminente santuario subía de la tierra al cielo, cayó derruido, destrozado, hecho polvo, al estrago del remezón

tremendo... como si la Tierra, ansiosa de purificarse, quisiera echar de sí hasta las cosas santas, hasta las moradas de la oración!...

Allá en lo alto, aferradas a los poderosos grapones, como un alma que se adhiere al cuerpo agonizante, quedaron las campanas; y desde ahí, sobre la ciudad melancólica, salpicada de ruinas, cantan, oran, suspiran, derramando sobre los templos y los palacios destrozados el divino rocío de sus plegarias.

¡Las campanas! ¿No son el alma de los templos? ¿Su voz, no es, acaso, el espíritu que trasciende y se sobrepone a la materia, y convierte en pensamiento y éxtasis hasta las formas in-formes de la piedra?

Y cuando esas sonoras y plañideras voces fueron fundidas ¿no entró en la liga, junto con el hierro y el oro, el pensamiento y las emociones, la esperanza y la fe, cuanto había de puro en el alma de los que vivían entonces?

¿Por qué las campanas de ahora, meros productos de la industria, no resuenan y cantan como estas antiguas, centenarias campanas, surgidas del espíritu en los remotos días, cuando los hombres sabían creer y sabían orar?

FUERZA

LA fuerza es *una*: igual la que se gasta en escudriñar un misterio, que en balancear ociosamente las piernas. Igual la que cristaliza en un verso, en un cuadro, en una sinfonía, que aquella que labra la tierra con la azada, o la madera con el hacha.

El niño no cuida de sus fuerzas, porque le sobran, y porque derrochándolas las ejercita y las aumenta. Mas el adulto, si ya decae o tiene que gastarse en muy rudas faenas o consumirse en hondos pensamientos, debe encauzarlas y economizarlas; no gastándolas sino con plan, sobriamente, contentivamente.

Nos conviene, si es que ya estamos penetrados de esta unidad esencial de las fuerzas, ahorrar movimientos y palabras inútiles, huir de arrebatos y sacudidas, y no andar arrastrados de imaginaciones sin freno y de pensamientos sin cauce. Nos conviene el trabajo concreto y regulado, o el descansar entero y hondo. Nos conviene, como al león, ser mesurados e intensos; reposar, dormir profundamente, rehacerlos, distender los nervios y olvidarnos de la presa mientras no llega el instante de acecharla y de saltar sobre ella.

Los niños conocen y practican esta economía del león y del águila: cuando no juegan, reposan; recostándose, reclinándose, adoptando siempre relajadas y cómodas posturas. La rigidez social o escolar que les impone sentarse bien, enderezarse, andar erguidos, es para ellos una tiranía inexplicable, y la evaden tanto como pueden.

Las sillas sin brazos son una maldición: la mesa de trabajo, torpemente construída, que nos obliga a empinar-nos o a encorvarnos, nos roba, nos defrauda las fuerzas. El hombre, con solo estar de pie, ya realiza un duro trabajo, y es necesidad o maldad cansarle y fatigarle cuando y ahí mismo donde se imagina que descansa.

Nuestras fuerzas son nuestro tesoro; precisamente, nuestra vida. El reposo es el manantial que las alimenta y las renueva. El movimiento contenido, equilibrado es el que les concentra e intensifica y sereniza, extrayendo de ellas la energía y la gracia, que son sus flores; tal como la luz, trenzando la cabellera loca de una catarata, extrae un arco iris, que es también una flor.

ALBERTO MASFERRER

De "Ideas y Formas"

CONOCETE A TI MISMO

LA extensión de este mandamiento es doble.

Primero, exige el conocimiento del hombre en general; como si dijéramos de la Psicología Humana, la cual se bifurca en las de raza, sexo, nacionalidad y época.

Segundo, exige el estudio de sí mismo, el autoanálisis de cada uno, con sus idiosincrasias, pasiones, tendencias, taras y enfermedades, vocación, virtudes, defectos y potencias.

Lo primero, se necesita para comprender la Historia, la Política y el Arte de Gobernar; lo mismo que el sentido íntimo y el contenido social del Arte y de las Letras en cada lugar y tiempo.

Lo segundo, de mayor trascendencia, nos enseña el gobierno de nosotros mismo y el camino de nuestra salvación, que no es otro que el de la humildad.

El hombre que llega a conocerse, por fuerza será humilde; y siéndolo, podrá entrar en el sendero de la caridad—sin la cual, enseña San Pablo, ninguna cosa tiene precio, ni aun la limosna.

Como la caridad es el anhelo de vivir en los demás, o sea el amor a

Dios, realizado mediante el amor a sus criaturas, se comprende que sólo el humilde sea capaz de tan fervoroso deseo; pues el soberbio, sintiéndose por encima de todos, superior a todos y diverso de ellos, no puede amarles, ni verles con ternura y respeto; antes bien, y únicamente, como instrumentos y satélites de su propia gloria.

Mas el hombre que se conoce, perderá la soberbia. Se tornará más y más humilde cuanto más se conozca, hasta llegar a comprender y a sentir que toda excelencia, hasta las más suyas y propias, no están en él sino de reflejo, pues su verdadera, real y perdurable residencia no es el yo, la individualidad, sino el Todo, la *Universalidad*, que es la manifestación de Dios.

De este conocimiento, que es *Caridad*, se origina la *Santidad*, o perfección que nos lleva a ser salvos.

Bien dijo quien dijo que el conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría. Mejor dijera si dijera que es también su camino y su coromiento.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Con el título de IDEAS y FORMAS, NOTAS DE VIAJE, en breve saldrá un librito de Masferrer en una de nuestras ediciones, la de Autores Centroamericanos.